



JOSÉ ARTIGAS—CUADRO DE J. M. BLANES

1952

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



RESUMEN DE LA REVOLUCIÓN URUGUAYA Y DE LAS GUERRAS DE ARTIGAS

II

LA EMANCIPACIÓN DEL DOMINIO ESPAÑOL

REVOLUCIÓN DEL 25 DE MAYO

Aduñados los franceses de la Andalucía y ocupada por ellos Sevilla, lugar de la Junta Suprema de Gobierno, hubo de trasladarse esta Junta a Cádiz, último refugio de la independencia española. Al llegar al Río de la Plata el conocimiento de tan graves sucesos, el virrey Cisneros lanzó una proclama en que los publicaba, pidiendo al pueblo que mantuviese su fidelidad a aquella corporación, y, en ella, a la metrópoli; pero la impresión popular en Buenos Aires fué que ya no existía realmente autoridad española en el territorio de España, y que era llegada la ocasión de que el pueblo americano obrara por sí mismo.

El 22 de Mayo de 1810, los vecinos de Buenos Aires, en cabildo abierto, declaran que ha cesado la autoridad del virrey y que deberá constituirse en

su reemplazo una Junta de Gobierno, compuesta provisionalmente, mientras no se proceda a elección por el pueblo, de cuatro miembros que designará el Cabildo. Esta última corporación, al hacer el nombramiento de miembros de la Junta, cede a influencias de los españoles y nombra presidente de ella al virrey que acaba de ser depuesto, lo que significa una manera indirecta de restituirlo en el mando. Apenas esta resolución se hace pública, cunde el descontento popular. En la mañana del 25, congregado el pueblo de Buenos Aires en la Plaza de la Victoria, exige del Cabildo la renuncia o deposición del virrey y el nombramiento, para componer la Junta, de nueve vecinos, criollos todos ellos, cuyos nombres indica y proclama la enardecida muchedumbre. Comprendiendo el Cabildo la imposibilidad de resistir, se doblega a la voluntad del pueblo; otorga su voto

El Libro de la América Latina

a los candidatos populares, y la Junta de Gobierno queda constituida. Tal fué el 25 de Mayo de 1810.

La Revolución de Mayo se iniciaba como emancipación de los pueblos del Virreinato respecto de las autoridades subsistentes en España, pero no respecto de Fernando VII. Se confirmaba la fidelidad al monarca destronado por Napoleón; y en este carácter, real o aparente, persistió la revolución argentina hasta seis años más tarde. A pesar de ello, el 25 de Mayo es, indisputablemente, el glorioso punto de partida de la independencia de estos pueblos, porque de él arranca el desenvolvimiento de los hechos que naturalmente los conducirán a la independencia absoluta.

ROMPIMIENTO ENTRE MONTEVIDEO Y BUENOS AIRES

A fin de extender su autoridad sobre Montevideo, la Junta constituida en Buenos Aires envió de comisionado a esta margen del Plata a Don Martín Galain, quien halló bien dispuesta la voluntad del Cabildo para reconocer el Gobierno revolucionario. Pero cuando se estaba por dar forma a esta adhesión, llegó de España la nueva de haberse establecido en Cádiz un *Supremo Consejo de Regencia*, que gobernaría el reino en nombre de Fernando VII. Esto persuadió los ánimos a mantener la fidelidad a la metrópoli, puesto que había en ella una autoridad que representaba al rey reconocido por los mismos revolucionarios de Buenos Aires. Se juró, pues, obediencia a aquel Consejo, y se postergó toda resolución respecto a la Junta bonaerense hasta saber si ella acataba también la Regencia instituida en la Península. La Junta delegó a uno de sus miembros, el doctor D. Juan José Passos, para que tratara de obtener del Cabildo de Montevideo la adhesión al gobierno revolucionario, sin la condición del reconocimiento del Consejo de Cádiz; pero estas gestiones fueron vanas: el Cabildo persistió en su determinación, y así quedó roto todo vínculo entre las autoridades de Montevideo y el gobierno de Buenos Aires.

PRIMEROS HECHOS DE ARMAS DE LA REVOLUCIÓN ARGENTINA

El Consejo de Regencia establecido en Cádiz designó gobernador efectivo de Montevideo a D. Gaspar Melchor de Vigodet, que tomó posesión de su puesto en Octubre de 1810, sustituyendo al gobernador provisional D. Joaquín de Soria. Además, queriendo mantener sobre los pueblos del Río de la Plata la autoridad del Virrey, abolida por la revolución de Buenos Aires, confirió ese título a Don Javier Elío y le dió por residencia a Montevideo (a donde llegó en Enero de 1811), mientras no se obtuviese el sometimiento de la emancipada capital del Virreinato.

La invitación que Elío dirigió a la Junta de Buenos Aires para que le reconociera y acatara, escolló en la más completa repulsa, y entonces el desairado Virrey declaró la guerra a la Junta revolucionaria y envió a la Colonia fuerzas militares al mando del brigadier Don Vicente Muelas.

Entretanto, el gobierno de Buenos Aires, procurando extender su jurisdicción a todas las provincias del extinguido Virreinato, las había convocado a un congreso que debía organizarlas sobre la base de su emancipación de la metrópoli; y para apoyar esa invitación con la fuerza de las armas, y sofocar probables resistencias de los fieles a la autoridad española, había enviado una fuerza de mil hombres a las provincias del Norte, y otra de 600 a la del Paraguay. El heroico Liniers, que había tomado el partido de España contra los revolucionarios de Buenos Aires, fué aprehendido y fusilado por la primera de esas fuerzas, junto con otras personas de significación. Después, avanzando hacia el Norte, el mismo ejército obtuvo contra los realistas del Alto Perú la victoria de Suipacha, que ganó para la Revolución aquellas provincias. En cuanto a la expedición al Paraguay, que mandaba Belgrano, fracasó militarmente con la derrota de Tacuary, pero la iniciativa espontánea de los paraguayos no tardó en producir la emancipación de su país, no sólo

La Revolución Uruguaya y las guerras de Artigas

respecto de España, sino también de Buenos Aires.

EL ESPÍRITU REVOLUCIONARIO EN EL URUGUAY

La junta bonaerense se preocupaba, mientras tanto, de someter a Montevideo. La resistencia que las autoridades y la población de esta ciudad habían opuesto al reconocimiento del gobierno revolucionario, procedía, en gran parte, del sentimiento de rivalidad y de recelo que existía en los montevideanos tratándose de la capital del Virreinato. Pero ello no impedía que en numerosos elementos criollos de la ciudad, la revolución de Buenos Aires contase con ardientes partidarios, que buscaban, en secreto, el medio de favorecerla. El descontento de los criollos para con los españoles tenía causas tan justificadas aquí como en cualquiera otra parte de América, y la Revolución no sólo debía propagarse en breve a nuestro suelo, sino que es en él donde había de adquirir forma definitiva y programa destinado a prevalecer. Para que los acontecimientos entrasen en este camino, sólo se necesitaba que apareciese el hombre capaz de dar impulso resuelto a las aspiraciones de libertad que despertaba el ejemplo de Buenos Aires.

A NTECEDENTES DE ARTIGAS

Artigas, nacido en Montevideo el año de 1764, descendía de una de las familias fundadoras de la ciudad. Su tradición doméstica se confundía con los orígenes de la patria de que había de ser libertador. Su padre, que era hacendado de importancia, le dió todos los medios de instrucción que entonces estaban al alcance de las familias pudientes. La posición social de los suyos le permitió adquirir, además, educación esmerada y finas maneras. Era, al llegar a los veinte años, uno de los jóvenes de mayor cultura y lucimiento en la sociedad colonial. Cumplida aquella edad, determinó dedicarse a los trabajos de la ganadería, y trasladándose a campaña pasó diez años ocupado en las faenas de esa industria,

que le hicieron ponerse en íntimo contacto con la escasa y ruda población campesina de aquel tiempo y formar un conocimiento prolijo del territorio y la naturaleza del país. Así unió Artigas, a sus grandes condiciones de hombre de ciudad, aptitudes, no menos señaladas, de hombre de campo.

En 1797 creóse en Montevideo un nuevo cuerpo militar denominado de Blandengues, con el objeto de vigilar y defender las fronteras, infestadas de contrabandistas, y de amparar contra los malhechores a la gente honrada del campo. Artigas entró como simple soldado en ese regimiento, y pronto dió tan claras pruebas de su valor, capacidad y celo en el cumplimiento de los deberes militares, que no sólo ascendió hasta el grado de Ayudante Mayor del cuerpo de Blandengues, sino que ganó un subidísimo prestigio entre los hacendados cuyos intereses contribuía a proteger con las armas.

Afianzó Artigas su reputación militar, durante la resistencia a las invasiones inglesas, combatiendo bizarramente en la reconquista de Buenos Aires y luego en la defensa de Maldonado y de Montevideo.

A DHESIÓN DE ARTIGAS A LA REVOLUCIÓN

Artigas, con su compañía de Blandengues, formaba parte del regimiento enviado a la Colonia bajo el mando de Muelas. Todo induce a creer que el propósito de adherirse a la Revolución trabajaba desde hacía tiempo su ánimo, y sólo esperaba la ocasión propicia para manifestarse. Brindóle esta ocasión una disputa que sobrevino entre él y Muelas, y en cuya virtud fué encarcelado. Artigas se fugó de la prisión, y dirigiéndose de la Colonia a Buenos Aires, ofreció a la Junta revolucionaria sus servicios para levantar las campañas de la Banda Oriental. Aceptó la Junta el ofrecimiento, valorando debidamente lo que representaban el prestigio y las aptitudes de Artigas; confirió a éste el grado de teniente coronel, y le proporcionó alguna escolta y recursos con que iniciar la insurrección

El Libro de la América Latina

de nuestros campos, a cuyo efecto salió Artigas de Buenos Aires, y desembarcando en la Calera de las Huérfanas, el 9 de Abril de 1811, se internó en territorio oriental, con rumbo a la villa de Mercedes.

EL GRITO DE ASECIO Y OTROS ALZAMIENTOS

Antes de desembarcar Artigas, ya había estallado la insurrección que él venía a provocar. Bastó el conocimiento de su fuga y de su adhesión a la causa revolucionaria, para que las muchedumbres campesinas se alzasen, al mando de caudillos menores. El 28 de Febrero, un español, Venancio Benavides, y un brasileño, Pedro José Viera, que disponían de algún prestigio sobre el vecindario de Asencio, en Soriano, encabezaron el alzamiento de los gauchos de esta localidad. El comandante de milicias don Ramón Fernández se les incorpora con sus fuerzas, y la villa de Mercedes cae en poder de los insurrectos. Movimientos semejantes se producen, al cabo de pocos días, en Maldonado, en Canelones, en el Durazno, en Tacuarembó, en Cerro Largo, en las Misiones... Toda la campaña oriental arde en el fuego revolucionario, y dirigiendo los grupos que propagan ese fuego aparecen Lavalleja, Manuel Francisco Artigas, Joaquín Suárez, y otras patriotas que habían de ilustrar su nombre en nuestra historia.

COMBATE DE SAN JOSÉ

Llegado Artigas a Mercedes difundió desde allí por la campaña oriental una proclama en que tendía a entonar el espíritu revolucionario; y como en correspondencia a esa palabra de aliento, la división que en aquellos parajes acaudillaba Venancio Benavides obtuvo, por esos mismos días, un señalado triunfo, apoderándose del pueblo del Colla.

La Junta de Buenos Aires, aunque había reconocido en Artigas el jefe natural de las milicias orientales, quiso poner sobre él una autoridad militar de la confianza de la misma Junta, y que permitiese a ésta intervenir en la

dirección de la guerra. Envió primero, como general en jefe, a Belgrano, que acababa de ser derrotado en el Paraguay; pero, casi inmediatamente, Belgrano fué llamado a comparecer en Buenos Aires, y le sustituyó el coronel José Rondeau, porteño de origen, aunque hijo adoptivo de Montevideo, donde se había formado desde la infancia.

Mientras tanto, alarmado el virrey Elío por la extensión que tomaba el alzamiento de la campaña oriental, y a fin de evitar que los grupos insurrectos del Este y el centro del territorio se incorporasen al núcleo del ejército de Artigas, envió desde Montevideo una fuerza de 120 hombres, mandada por el teniente coronel Gayón y Bustamante, a que se situase en San José.

Contra esta columna hizo avanzar Artigas a su primo, de igual apellido, don Manuel, que, incorporando a sus fuerzas las del valeroso guerrillero Baltasar Vargas, cargó sobre los realistas de Bustamante, cerca de la villa de San José, y les obligó a refugiarse dentro de ella. Allí, atrincherados y reforzados los realistas, resisten en la mañana del 25 de Abril el asalto de las fuerzas patriotas, a las que se había reunido la división de Venancio Benavides; pero después de cuatro horas de reñida pelea, la villa se rindió a los asaltantes. La impresión de tan hermoso triunfo fué luego amargada por la muerte del heroico vencedor, Manuel Artigas, herido en el asalto.

Este hecho de armas permitió a José Artigas avanzar, con las milicias del litoral uruguayo, hasta San José, en donde recibe el refuerzo de dos compañías de línea (250 infantes en conjunto) que le envía Rondeau. De allí sigue a esperar en Canelones la incorporación de las partidas que acaudillaba en Maldonado su hermano don Manuel Francisco Artigas, el cual se le reúne con 300 hombres.

El objetivo de este avance era Montevideo, de donde el virrey Elío había destacado fuerzas con que oponerse al paso de los patriotas.

La Revolución Uruguaya y las guerras de Artigas

BATALLA DE LAS PIEDRAS

El día 18 de Mayo las milicias artiguistas, que sumaban alrededor de un millar de hombres, se encontraron, cerca del pueblo de Las Piedras, con el ejército español salido de Montevideo, al mando del capitán de fragata don José Posada. Este ejército era algo superior en número al de Artigas, y le superaba mucho en armamento y organización.

Trabada la batalla, una impetuosa carga de los nuestros determinó la re-

y dejó definitivamente formados el prestigio caudillesco y la fama militar de Artigas.

SITIO DE MONTEVIDEO

El vencedor de Las Piedras, recompensado por la Junta de Buenos Aires con el grado de coronel y una espada de honor, se adelantó, después de la victoria, a poner sitio a Montevideo.

Estableció su campamento en el Cerrito, adonde vino a incorporarse Rondeau, en cuyas manos puso el mando



RENDICIÓN DE POSADA EN LAS PIEDRAS (CUADRO DE BLANES)

tirada de los realistas, que muy luego fueron envueltos y detenidos por un hábil movimiento del ejército patriota. Posada levantó entonces bandera de parlamento, y a intimación del propio Artigas, que se había adelantado personalmente hasta muy cerca de él, se rindió a discreción. Entregáronse con el jefe español 22 oficiales y 342 individuos de tropa. Artigas fué magnánimo con los vencidos: respetó la vida y el decoro de todos, ennobleciendo aún más, así, esa lucidísima victoria.

La importancia de la acción de Las Piedras fué capital en los destinos de la Revolución de Mayo. Alentó en todo el Virreinato el espíritu de los patriotas,

supremo de las fuerzas sitiadoras. Con esta incorporación ascendían estas fuerzas a unos 5000 hombres. Algunos días antes, el 26 de Mayo, la ciudad de la Colonia había sido ocupada por Benavides, sin resistencia de la guarnición, que la abandonó al aproximarse los patriotas.

Escaseando la pólvora de que disponían los sitiadores de Montevideo, determinaron llevar un asalto a la isla de Ratón, donde tenían los españoles fuertes depósitos de aquel material de guerra. Realizóse con toda felicidad ese asalto el día 15 de Julio. Así provistos de lo que necesitaban, la toma de la plaza parecía empresa segura, pues la

El Libro de la América Latina

falta de bastimentos se hacía angustiosa en la ciudad, impedida como estaba de recibir de campaña ganado ni hortalizas. Por desdicha, acontecimientos que no podían prever los sitiadores, vinieron a malograr aquel resultado.

LEVANTAMIENTO DEL SITIO Y DISCONFORMIDAD DE ARTIGAS

La suerte de las armas había sido adversa al ejército revolucionario del Alto Perú, en la jornada de Huaquí, que obligó a aquel ejército a retirarse, despedazado, a Tucumán. Este descalabro causó profundo abatimiento en Buenos Aires. Mientras tal ocurría en las provincias del Norte, el virrey Elío, buscando cómo resolver la desesperada situación de Montevideo, había solicitado protección a la princesa Carlota, consorte del príncipe regente de Portugal, instalado en Río de Janeiro desde que Napoleón había expulsado de Lisboa a la familia real portuguesa.

Aquella señora, hermana de Fernando VII, alimentaba ambiciones de coronarse reina en el Río de la Plata, donde contaba partidarios entre los políticos de Buenos Aires; de modo que no fué empeño difícil para Elío obtener de ella la protección que deseaba. Un ejército portugués, fuerte de 3000 hombres, atravesó el Yaguarón para acudir en auxilio del virrey español, y avanzó dentro de nuestras fronteras, señalando su paso con todo género de excesos. Esta grave amenaza, unida a la impresión del desastre de Huaquí, labró tanto el ánimo del grupo dominante en Buenos Aires, que le movió a pactar con Elío un armisticio, por el que se obligaba, no sólo a retirar el ejército que sitiaba a Montevideo, sino también a restituir a la autoridad del virrey todo el territorio oriental. Semejante solución importaba sacrificar, más o menos transitoriamente, los derechos y los destinos de nuestra patria, devolviéndola al poder español, después que se le había hecho derramar, en San José y en Las Piedras, la sangre preciosa de sus hijos, como precio de la libertad a que ahora se quería que renunciase. Artigas, identificado siempre con el pueblo,

manifestó al gobierno bonaerense su radical disconformidad con aquel armisticio, y una asamblea de ciudadanos orientales, que pidió y obtuvo reunirse en el campamento de Rondeau, confirmó los sentimientos del caudillo, declarando la voluntad de continuar la guerra, con Artigas por jefe, aun cuando se retirasen las fuerzas de Buenos Aires. Pero dicho gobierno, protestando que el abandono de esta provincia sería momentáneo y no tendría otro carácter que un necesario recurso de guerra, consiguió que Artigas, aunque mal resignado a lo que se le exigía, aceptase pasar con sus milicias a la margen occidental del Uruguay, en tanto que Rondeau se embarcaba para Buenos Aires con las fuerzas que había traído a esta Banda.

El jefe de los orientales marchó a situarse en Entre Ríos, sobre la costa del Ayuí.

EL ÉXODO

Esta retirada de Artigas dió lugar a una resolución original y grande que surgió espontánea del sentimiento popular y cundió hasta convertirse en impulso unánime de toda la población de nuestros campos. Antes que permanecer lejos de su caudillo y protector, expuesta a la reacción vengativa de los realistas, aquella población determinó emigrar en masa, siguiendo al ejército del Jefe de los Orientales. Formóse así una inmensa columna, de hombres, mujeres y niños, que, abandonando sus casas, y prendiéndoles fuego para que no lograsen utilizarlas sus opresores, marchaban detrás del ejército en retirada, con el ganado que podían arrear y las carretas en que habían acumulado todas las cosas de su propiedad capaces de transporte.

Esta emigración popular, compuesta de no menos de 16.000 personas, resultaba tan interesante por la pintoresca originalidad de su apariencia como por el ardiente patriotismo que la determinaba. Admirable espectáculo debió de ser el de aquella inmensa y variada muchedumbre, cruzando las campañas desiertas, sin que le arredrasen las mil

La Revolución Uruguaya y las guerras de Artigas

penalidades que había de afrontar, adaptándose al modo de vivir de las familias a las condiciones de esa sociedad errabunda. Todo el pueblo del Uruguay marchaba allí, a manera del pueblo de Israel conducido por su libertador Moisés fuera del Egipto, en el *Éxodo* que refiere la Biblia. Pocos episodios tan hermosos como este del *Éxodo Oriental* registra la historia americana.

E VACUACIÓN DEL TERRITORIO POR LOS PORTUGUESES—DISCORDIAS ENTRE ARTIGAS Y EL GOBIERNO DE BUENOS AIRES

A pesar del desalojo del territorio oriental por las fuerzas patriotas, el ejército portugués que lo había invadido permaneció dentro de él, contra lo estipulado en el armisticio, extendiéndose hasta Maldonado y el litoral del Uruguay, y apoderándose de las Misiones orientales, donde Otorugués, enviado por Artigas a repelerlo, sufrió completa derrota.

Tal violación del pacto suscrito con Elío alarmó al gobierno de Buenos Aires, que vio en ello la intención de los portugueses de aprovechar la ocasión para satisfacer sus inveteradas ambiciones de dominio sobre esta margen del Plata. Como la reclamación que interpuso aquel gobierno ante Vigodet (que acababa de sustituir a Elío en Montevideo) no diera resultado, declaróse roto el armisticio, con fecha 6 de Enero de 1812; pero al mismo tiempo que así se reanudaba el estado de guerra con los españoles, las negociaciones diplomáticas entabladas en Río de Janeiro, con apoyo del ministro inglés, determinaron el retiro del ejército lusitano, que se replegó hacia Bagé a mediados de Julio.

Buenos Aires se preocupó entonces de renovar las hostilidades contra la plaza de Montevideo. Artigas, durante la larga permanencia con su pueblo en el Ayuí, desde Diciembre de 1811 hasta Enero de 1813, no se mantuvo inactivo para la causa de la patria. Pruébanlo las comunicaciones que inició con el gobierno del Paraguay, a fin de obtener su cooperación en la guerra que seguían los demás pueblos del Virreinato. Pero esta misma iniciativa, que revelaba en

el caudillo el propósito de proceder por cuenta propia, y, por otra parte, la creciente extensión de su prestigio, causaban desconfianza y temor a los políticos de Buenos Aires; y cuando se trató de marchar nuevamente sobre Montevideo, en vez de confiar el mando superior de las fuerzas a Artigas, que por tantos conceptos era acreedor a él, designaron jefe a uno de los miembros del propio gobierno bonaerense, don Manuel Sarratea, hombre sin antecedentes militares y sólo sobresaliente en los manejos de la intriga política. Artigas, a pesar de todo, reconoció el generalato de Sarratea y aceptó pelear bajo sus órdenes; pero este tortuoso personaje, no bien llegó al campamento del Ayuí, se aplicó a indisponer a Artigas con sus tenientes, tentando a éstos a abandonar al caudillo y consiguiendo la desertión de algunos de ellos con los cuerpos que mandaban. Finalmente, Sarratea quiso completar su obra buscando un brazo venal que se apoderase de Artigas, vivo o muerto. Conocedor de estos planes, el caudillo se alzó contra la autoridad de su enemigo, renunció al grado de coronel con que lo había recompensado la Junta de Buenos Aires después de la victoria de Las Piedras, y permaneció en su campamento mientras la vanguardia del ejército de Sarratea, mandada por Rondeau, marchaba a poner nuevo sitio a Montevideo.

NUEVO SITIO DE MONTEVIDEO—BATALLA DEL CERRITO

Rondeau, con la vanguardia del ejército de Sarratea, llegó frente a Montevideo el 20 de Octubre de 1812, y restableció el sitio de la plaza, que ya había intentado renovar, aunque sin suficientes fuerzas, el jefe artiguista José Eugenio Culta, situado en el Cerrito con un grupo de no más de 300 hombres.

Dos meses hacía que Rondeau asediaba la ciudad, sin episodios de mayor importancia, cuando Vigodet, disponiendo de refuerzos que acababan de llegarle de España, determinó salir al encuentro de los sitiadores. En la madrugada del 31 de Diciembre el ejército realista, fuerte de 1600 hombres, divi-

El Libro de la América Latina

dido en tres legiones, con las que iban ocho piezas de artillería, sorprendió y atacó al ejército patriota. Este primer impulso fué irresistible: arrollados los sitiadores, dejaron paso, hasta la misma cumbre del Cerrito, a la división de Muelas, que hizo flamear allí el pabellón español, saludado desde la plaza por los vitores de la población. Pero Rondeau, deteniendo la huida de sus batallones, los rehace y se lanza con ellos a recobrar la posición perdida. Es rechazado una vez; vuelve a la carga con redoblado ímpetu, y, por fin, a las diez de la mañana, el ejército español retrocede en completa derrota, y se guarece dentro de los muros de la ciudad.

Tal fué la acción del Cerrito, indisputable gloria del bravo y honesto general Rondeau.

INCORPORACIÓN DE ARTIGAS AL SITIO— SEPARACIÓN DE SARRATEA

Sarratea, tres meses después de enviar sobre Montevideo la vanguardia mandada por Rondeau, se puso él mismo en marcha, con el resto de su ejército, para incorporarse al sitio de la plaza.

Artigas movió entonces sus milicias en la misma dirección, con ánimo de impedir que el político porteño asumiese el generalato de las fuerzas que asediaban a Montevideo. Llegado al Paso de la Arena, donde hizo campamento, escribió Artigas a Rondeau, previniéndole que si Sarratea permanecía como general, él no sólo no ayudaría al ejército sitiador, sino que lo hostilizaría. El prestigio de Sarratea era nulo, o negativo, en el ejército, y la exigencia de Artigas, que interpretaba también el deseo de los jefes sitiadores, fué atendida sin dificultad por Rondeau. Sarratea, obligado a transmitir al vencedor del Cerrito el mando superior, se embarcó para Buenos Aires, mientras Artigas, con sus 5000 milicianos, se adelantaba a reforzar la línea del sitio.

Queriendo Vigodet sacar partido de las discordias entre Sarratea y Artigas cuando aun no habían quedado resueltas, para tratar de atraer a este último a la causa de la metrópoli, hizole en ese sentido los más lisonjeros ofrecimientos,

que el caudillo rechazó con altiva dignidad.

LA REPRESENTACIÓN ORIENTAL EN LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

Buenos Aires había convocado a las demás provincias del Río de la Plata para la Asamblea General Constituyente que había de dar organización definitiva a la nación que todas ellas formaban. Esta asamblea se instaló en aquella ciudad, el 31 de Enero de 1813. El pueblo de la Banda Oriental no podía menos de ser representado en una corporación que resolvería de sus destinos, como de los de todos los pueblos del viejo Virreinato. Con ese fin, Artigas invitó a los ciudadanos de la provincia para que designaran diputados a un congreso que se reuniría en el Peñarol, donde estaba acampado el caudillo, y en el que se determinaría la forma de concurrir a la Asamblea General Constituyente y las ideas de organización que deberían sostenerse en ella.

El 4 de Abril se reunió el Congreso del Peñarol, del que formaban parte los más conspicuos hombres civiles de la provincia, como Larrañaga, Joaquín Suárez, Barreiro, Monterroso y otros. Resolvió este congreso enviar representantes a la Asamblea, pero con la previa declaración de que, al reconocerse incorporada la Banda Oriental a las demás provincias, lo hacía en el concepto de que sería respetada su autonomía y de que se daría una pública satisfacción a los orientales por los antecedentes que habían obligado a la expulsión de Sarratea.

Luego formuló el congreso las instrucciones a que debería ajustarse la conducta de los representantes de la Provincia en la Asamblea Constituyente.

LAS INSTRUCCIONES DE 1813

Con estas memorables Instrucciones, Artigas y los hombres del Congreso del Peñarol dieron un programa definido a la revolución que el primero acaudillaba.

Se recomendaba en ellas a los diputados orientales, que pidiesen la declaración de la independencia absoluta de



GENERAL JOSÉ RONDEAU, VENCEDOR DEL CERRITO

El Libro de la América Latina

estas colonias, absolviéndolas de toda obligación de fidelidad a la corona de España; que procurasen asegurar la libertad civil y religiosa en toda su extensión imaginable; que tendieran a instituir en el Río de la Plata el régimen federal, dando a cada provincia autoridades autónomas, además del gobierno superior de la nación; que votaran por la forma republicana de gobierno, y que recordasen la necesidad de poner trabas al peligro del despotismo militar.

La altísima significación de estas Instrucciones consiste en que en ellas se formulaban por primera vez, de modo preciso y resuelto, las ideas que debían fijar definitivos rumbos a la revolución que se deslizaba en el Río de la Plata. Artigas tuvo, antes que ninguno de sus contemporáneos, la visión franca y segura de los fines de esa revolución, y, consiguientemente, del porvenir de estos pueblos. En tanto que los hombres de Buenos Aires vacilaban, Artigas levantaba con entera decisión el verdadero, el único programa que había de llevar a sus naturales términos el movimiento iniciado en 1810.

Mientras los políticos porteños combatían en nombre de Fernando VII, el destronado rey de España, y decían (aunque no lo pensasen) que el objeto de la Revolución era mantener para él la soberanía a estas provincias, Artigas proclamaba la absoluta independencia de ellas respecto de España y de su soberano.

Mientras aquellos políticos profesaban ideas monárquicas y trabajaban sigilosamente para hallar un príncipe europeo que quisiera coronarse como rey y señor de esta parte de América, Artigas proclamaba abiertamente la república.

Mientras ellos pretendían dirigir desde Buenos Aires los destinos de los pueblos comprendidos en la unidad del antiguo Virreinato, Artigas quería la organización federal de dichos pueblos, para que cada uno se gobernase a sí mismo, sin perjuicio de subordinarse todos a un amplio gobierno general.

Las Instrucciones de 1813, en las que se contiene ese profético programa de

independencia, república y federación, constituyen la más alta gloria de Artigas y el más honroso timbre de la Revolución uruguaya.

RECHAZO DE LOS DIPUTADOS ORIENTALES —EL CONGRESO DE MACIEL

Los diputados de la Asamblea Constituyente, entre los que se encontraba el ilustre Larrañaga, probable redactor de las Instrucciones, se trasladaron a Buenos Aires y presentaron a la Asamblea los poderes que acreditaban su representación. Pero el espíritu localista y conservador de los políticos que allí predominaban, se sintió profundamente alarmado por las tendencias a que venían a dar voz los diputados orientales; y en el interés de excluir a éstos de la Constituyente, tomaron pretexto de las deficiencias de origen que atribuyeron a los poderes presentados, para negarse a reconocer su validez.

Artigas, a quien el Congreso del Peñarol había designado Gobernador Militar de la Provincia y Presidente de una Junta Municipal que se constituyó para ejercer el gobierno civil, recibió la noticia del rechazo de los diputados, con el sincero deseo de reparar aquellos pretendidos defectos en la forma de la elección; y a ese fin obtuvo que los poderes fueran ratificados por los electores. Pero un nuevo rechazo vino a confirmar la resuelta intención de excluir a los que querían mantener en la Asamblea el programa de la Revolución uruguaya. Simultáneamente con esto, los políticos de Buenos Aires hicieron todo lo posible por volver a dejar abandonado el territorio oriental en manos de los españoles, ordenando reiteradamente a Rondeau que levantara el sitio de Montevideo, con el objeto de utilizar sus fuerzas en las provincias del Norte, invadidas por el ejército realista del Perú. Las observaciones y dilaciones que Rondeau opuso a aquella orden, hasta incurrir en manifiesta desobediencia, impidieron la ejecución de tal propósito. Pero, puesto que la campaña oriental continuaba fuera del dominio español, era indis-

La Revolución Uruguaya y las guerras de Artigas

pensable conceder a sus pueblos alguna representación en la Asamblea Constituyente, y para que esa representación se eligiera de modo que obedeciese a la influencia y a los intereses del gobierno de Buenos Aires, resolvió éste que las elecciones se verificarían bajo la dirección de Rondeau y con arreglo a las instrucciones que secretamente se transmitieron al jefe del sitio. Artigas, dando pruebas de su voluntad conciliadora, aceptó que se procediese a nueva elección, y agregó su propia firma a la de Rondeau, al pie de la convocatoria dirigida a los pueblos orientales; pero cuando llegó el momento de reunirse el nuevo congreso, Rondeau, en cumplimiento a aquellas instrucciones secretas, quiso que se instalara en su cuartel general y haciendo él de presidente. La intención de anular la influencia personal de Artigas sobre los congresales, y sustituirla por la coacción de las armas del gobierno bonaerense, era visible en tales pretensiones. Como Artigas las resistiera, Rondeau dispuso que el congreso se reuniera en la Capilla de Maciel, y no en su campamento ni en el del caudillo; pero comprendiendo éste que lo que se buscaba a toda costa era quebrar el ascendiente de que a justo título disfrutaba sobre los representantes de su pueblo, exigió que los electores se entrevistasen previamente con él para tomar conocimiento de las actas en que el congreso anterior había consignado las memorables Instrucciones de Abril, bandera de la Revolución uruguaya. Sin atenderse esa exigencia, se reunió en la Capilla de Maciel el Congreso, y deliberando bajo la presión de la fuerza militar, designó nuevo gobierno para la Provincia y nuevos diputados a la Asamblea, y prescindió de aquellas gloriosas Instrucciones, con lo que dejaba miserablemente sacrificada la autonomía del pueblo oriental a la política centralista y oligárquica del círculo predominante en Buenos Aires.

ARTIGAS ABANDONA LA LÍNEA DEL SITIO

El desagrado que produjeron en

Artigas tales hechos, fué motivo determinante del más discutido, quizá, entre los actos de su vida pública. En la noche del 20 de Enero de 1814, disfrazado de gaucho, Artigas abandonó la línea del sitio, provocando la inmediata deserción de las milicias orientales, que formaban el ala izquierda de esa línea y que no dudaron en seguir a su caudillo.

Mientras para algunos historiadores esa resolución de Artigas constituye una grave falta, inspirada por el despecho, pues importaba tanto como debilitar conscientemente las fuerzas de la patria común, frente al enemigo, para otros es, por el contrario, uno de los grandes títulos del Jefe de los Orientales; lo que justifican con el razonamiento de que, debido a su separación, pudo Artigas salvar íntegramente para la causa de la autonomía uruguaya las milicias nativas, que habrían quedado anuladas para ese ideal, si, entrando en Montevideo con el resto del ejército sitiador, hubieran tenido que cooperar a los planes y propósitos del gobierno de Buenos Aires.

Este gobierno, ejercido hasta entonces por una Junta, había pasado a ser individual, desempeñándolo, con el título de Director Supremo, Don Gervasio Antonio de Posadas. La exasperación que suscitó en Buenos Aires la actitud del caudillo oriental, inspiró al Director Posadas un violentísimo decreto, por el que se declaraba a Artigas « infame, privado de sus empleos, fuera de la ley y enemigo de la patria », ordenándose que « fuese perseguido, y muerto en caso de resistencia », y ofreciéndose de premio 6.000 pesos a quien, vivo o muerto, lo entregara. Este acto de iracundia debía ser, bien pronto, desautorizado y reparado por el mismo débil gobernante que cedió a semejantes sugerencias del odio.

Mientras tanto, los realistas de Montevideo, viendo en la separación de Artigas de la línea del sitio, una nueva oportunidad para incitarle a abandonar la causa de la patria, enviaron hasta él comisionados con halagos y pro-

El Libro de la América Latina

posiciones que, como las que algo más adelante había de dirigirle el propio Virrey del Perú, sólo tuvieron la virtud de poner a prueba la integridad del patriotismo del caudillo.

PROPAGANDA DE ARTIGAS EN EL LITORAL ARGENTINO

La acción militar y política de Artigas se había desenvuelto exclusivamente, hasta entonces, dentro de los límites de su patria provincial, pues, aun durante su permanencia en el Ayuí, estaba él en el seno de su pueblo expatriado. Pero el pensamiento y el programa del gran caudillo abarcaron siempre el conjunto de las Provincias del Río de la Plata, como lo demuestran las gloriosas Instrucciones del año XIII, donde se proponían ideas de organización para la nacionalidad que habían de constituir todas esas provincias. La idea federal, que aseguraba la autonomía de cada una de ellas, frente a las pretensiones centralistas de Buenos Aires, no interesaba sólo a la Provincia Oriental. Respondía igualmente a intereses y aspiraciones instintivas de las demás. Había, pues, en éstas, terreno preparado para la propagación del ideal artiguista. La fama y el prestigio de Artigas habían salvado ya, por otra parte, los límites de su provincia, y las discordias del caudillo con los gobiernos de Buenos Aires vinieron a levantarle aún más en el concepto de los pueblos argentinos, a medida que la política absorbente de la capital porteña se les hacía más dura de sobrellevar. Producido, pues, su alejamiento del sitio de Montevideo, creyó llegada el caudillo la oportunidad de extender su acción personal a otras provincias de la Unión, levantándolas contra la dominación de Buenos Aires, y agitando en ellas la bandera de independencia, república y federalismo, que había sido el primero en desplegar con sus Instrucciones.

Subió por el litoral uruguayo, y a la altura del pueblo de Belén, estableció su campamento. Uno de sus tenientes, Otorgués, que había quedado vigilando, más al sur, la costa del río, sorprendió cerca del arroyo del Espinillo, en

Soriano, a una división de 500 hombres de las tres armas, que el gobierno de Buenos Aires destinaba a reforzar el sitio de Montevideo, al mando del barón de Holmberg, alemán, y del coronel don Hilarión de la Quintana. El caudillo artiguista atropelló y derrotó a esa división, cuyos jefes fueron enviados prisioneros al campamento de Artigas, que los trató con toda humanidad, y concluyó por libertarlos, a pesar de la persecución a muerte que había decretado contra él el gobierno a que aquellos jefes servían.

Mientras tanto, dirigía Artigas desde Belén la propaganda que realizaban sus emisarios en las Provincias de Entre Ríos, Santa Fe, y Corrientes. Había en la población de todas ellas grandes semejanzas con la de la Banda Oriental. Muchedumbres formadas en la vida de pastoreo, naturalmente celosas de su libertad, obedecían al prestigio de caudillos locales. Estos caudillos reconocieron en las ideas de Artigas la forma definida de sus propias aspiraciones, y aceptaron la dirección política y guerrera del jefe de la revolución oriental.

R ENDICIÓN DE MONTEVIDEO—FIN DE LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA

A fin de apresurar la caída de Montevideo, determinó el gobierno de Buenos Aires reunir una escuadrilla con que atacar a la que poseían los sitiados. Entregó el mando de los barcos que pudo armar, al experimentado marino irlandés Guillermo Brown, que el 15 de Marzo derrotó en las aguas de Martín García a una parte de la flota española, apoderándose de aquella isla y dirigiéndose en seguida sobre Montevideo. El resto de la escuadrilla realista se adelantó a hostilizar a la de Brown, y después de un combate que duró desde el 14 al 17 de Mayo, frente a la playa del Buceo, la victoria quedó por los patriotas, y la plaza, privada de toda salida por el mar, pues los barcos españoles que no fueron despedazados se rindieron, comprendió que era inútil prolongar la resistencia, y abrió negociaciones para su capitulación.

Formalizóse ésta el 20 de Junio.

La Revolución Uruguaya y las guerras de Artigas

Un mes antes, apenas se vió aproximarse el término del sitio, el Director Posadas había enviado a su sobrino el coronel don Carlos de Alvear, joven de brillantes aunque desequilibradas condiciones, para que sustituyera a Rondeau en el mando de las fuerzas que habían de tomar posesión de la plaza. Se negaba así al benemérito vencedor del Cerrito la satisfacción de entrar personalmente en la ciudad cuyo asedio había mantenido con bravura, y se buscaba que fuese un hombre de la íntima confianza del gobierno porteño quien se posesionase de la ciudad y la gobernase.

Alvear hizo su entrada en Montevideo, al frente del ejército sitiador, el 23 de Junio. La plaza se había rendido con determinadas estipulaciones, que achicaban moralmente la victoria material de sus enemigos, puesto que se declaraba en las cláusulas de la capitulación, que «el gobierno de Buenos Aires recibía la plaza de Montevideo en depósito, bajo la expresa condición de reconocer la integridad de la Monarquía española y su legítimo rey el señor don Fernando VII, siendo parte de ella las provincias del Río de la Plata», y que «no se levantaría en la plaza otra bandera que la española».

Si deplorable es que tales cosas se convinieran por los vencedores, aun lo es mucho más que, una vez convenidas, se las desconociera y violara, como hizo Alvear, enarbolando en la ciudadela de Montevideo el pabellón de Buenos Aires, y enviando como prisioneros a esta última ciudad los soldados y oficiales de la guarnición rendida, que por otra de las cláusulas de la capitulación, debían quedar en libertad de regresar a España.

No fué mejor la conducta de los vencedores con los habitantes de Montevideo. Se despojó a la ciudad de cuantas armas, de propiedad particular o pública, se pudo transportar a Buenos Aires, y de la única imprenta con que aquella contaba, que tomó igual destino; se impusieron al vecindario contribuciones excesivas, y confiscaciones anteceditas por la destrucción de los archivos donde constaban los derechos de los propietarios; se eliminó de sus puestos a los miembros del Cabildo, y se les sustituyó por otros que designó Don Nicolás Rodríguez Peña, nombrado Gobernador Intendente de Montevideo.

Con la ocupación de esta ciudad, terminó definitivamente, en el Río de la Plata, la dominación española.



INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO AL GENERAL ARTIGAS—MONTEVIDEO